

## ANTONIO JELAMBI: UN OFICIAL PROFESIONAL DE CARRERA EN EL SIGLO XIX VENEZOLANO

Antonio Jelambi:  
A professional career officer in the nineteenth century venezuelan

Domingo Irwin †

En vida el doctor Irwin fue Profesor Titular del Instituto Pedagógico de Caracas, donde fundó la línea de investigación *Relaciones civiles y militares*. Su legado se encuentra constituido por una extensa lista de libros y artículos publicados en revistas científicas. Algunas de sus obras: *Caudillos, militares y poder*; *Relaciones civiles-militares en el siglo XX*; *Control civil y pretorianismo en Venezuela*; *Pretorianismo venezolano del siglo XXI*.

Recibido: 05/05/2016

Aprobado: 12/06/2016

**Resumen:** Este breve ensayo presenta una síntesis biográfica del coronel del ejército venezolano Antonio Jelambi, quien abraza las armas de la República desde 1821 y muere a consecuencia de heridas recibidas en la batalla de Santa Inés, en diciembre de 1859. Procuramos destacar su condición de oficial militar de carrera, sin ambiciones políticas personalistas o corporativas, con una manifiesta orientación profesional que se evidencia en su libro "Guía Para Todo Joven Militar" (Puerto Cabello, 1853) y su desempeño en acciones de guerra, en la rutinaria vida de cuartel al mando de tropas en tiempos de paz, así como actividades de oficial de estado mayor.

**Palabras clave:** historia militar venezolana, profesionalismo militar, historiografía venezolana, oficiales militares y sociedad.

**Abstract:** This short essay offers a biographical synthesis of coronel Antonio Jelambi of the Venezuelan army, who embraces de cause of the Republic in 1821 and dies, due to war wounds at the Battle of Santa Ines, December 1859. Stressing his condition as a military officer with a manifest professional orientation, without personal or corporate political ambitions, as it is set forward in his



book “Guía Para Todo Joven Militar” (Puerto Cabello 1853), his battle experience, or commanding troops in military barracks during peace times and activities as an officer in general staff duties.

**Keywords:** Venezuelan military history, military professionalism, Venezuelan historiography, military officers and society.

En 1853 se publica en Puerto Cabello, en la imprenta de Rafael Rojas, un poco voluminoso libro (según Pedro Grases y Manuel Pérez Vila eran unas 90 páginas) que lleva por título *Guía Para Todo Joven Militar / Y Muy Util [Sic] A Toda Clase De Jefes Superiores, Oficiales E Individuos De Carrera / Instrucción De Un Padre Para Su Hijo*. Su autor fue Antonio Jelambi, quien para la fecha era un oficial del ejército venezolano con el grado militar de primer comandante. La obra en cuestión fue reproducida en su totalidad como el documento N° 1041 (pp. 5-126) en el volumen 12 de la compilación documental *Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX, (textos para su estudio)*; valiosa colección que coordinó inicialmente Ramón J. Velásquez, luego Luis Alberto Machado y contó con la actividad editorial de Grases y Pérez Vila, siendo publicada en Caracas por la Presidencia de la República en 1971. Nuestro comentario se efectuará apoyándonos en la versión impresa de la ya mencionada compilación documental.

## Características generales del texto

Ofrece el libro en cuestión, una extensa presentación y treintainueve capítulos. La sección inicial del texto la fracciona en una dedicatoria; las condiciones básicas que deben poseer quienes abracen la carrera militar como oficiales, finalizando esta sección con una prudente advertencia. Los capítulos se caracterizan por ser breves, unos más que otros, muchos con abundantes ejemplos tomados de las lecturas sobre historia militar efectuadas por el autor y su propia experiencia como militar de carrera.

La dedicatoria tiene como primera frase “Antonio Jelambi, de los Libertadores de Venezuela y primer comandante de sus ejércitos”; donde señala que desde su juventud siguió entusiastamente la que califica de “carrera militar” y luego desarrolla como idea principal, en un par de páginas (pp.5-6) que su libro está dirigido a los: “Veteranos [Sic] de nuestra independencia, no menos que a los jóvenes



entusiastas que siguen aquella noble profesión” ... Menciona que en la elaboración del escrito invirtió, deja entender que de su esfuerzo intelectual y peculio personal, dos años (pp. 5-6).

La introducción gusta en titularla: “*Ideas generales sobre el estado militar*”; la labor hermenéutica más elemental nos lleva a entender que por “estado militar”, procura es describir las condiciones básicas o características fundamentales que deben poseer quienes procuren honrar la profesión y arte militar con la condición de oficiales (pp. 7-10). De seguidas avanza en una “*Advertencia*” donde confirma lo antes señalado en el aparte anterior (pp. 11-14), resaltando la importancia de la moral y sensatez indispensables en la oficialidad que abraza la carrera castrense.

Llama la atención las referencias a Turena, unas que serán constantes en buena parte de la obra. Muy probablemente se refiere al mariscal de campo Henri de la Tour d’Auvergne (Sedán 1611-Sasbach 1675); militar francés del siglo XVII, calvinista inicialmente, luego abjura de tal condición, quien sirvió a los ejércitos reales de Francia primero, España luego y después Francia de nuevo. Información sobre el personaje de marras puede localizarse en internet vía google, donde se puede leer una biografía del personaje reproducida digitalmente del *Correo de Madrid*, miércoles 21 de enero de 1789. Ésta es una de las fuentes en las que se apoya el autor.

Se aprecia en las páginas iniciales arriba descritas, el cuidado que tiene Jelambi en ofrecer una presentación de su obra muy equilibrada, quizás intencional y excesivamente... Esto se presta para varias lecturas, pero dado lo elemental de nuestro comentario no ahondaremos en este aspecto. Hay como un énfasis desmedido, en procura de dejar lo más claro posible para el lector común, que su intención no es otra que el de destacar lo que entiende como fundamentos esenciales de la carrera militar de un oficial con tal condición. Sustentada ésta; en sus lecturas, criterio y experiencia; una que por cierto, era tanto de acción en el campo de batalla como en actividades de Estado Mayor y Plana Mayor o la rutinaria vida de cuartel. Las referencias a Turena quizás reflejaban una condición analógica con su situación personal, originándose así los comentarios recurrentes que en la obra que comentamos se aprecia sobre la vida del mariscal francés del siglo XVII.

Inicialmente Jelambí fue un militar realista y se incorpora con el grado de Subteniente a la causa patriota en 1821, donde hará carrera hasta morir al ser herido en combate, con el grado de coronel, en el ejército venezolano. Se presenta el autor de *Guía para todo joven militar...*, en estas páginas iniciales de su obra, como una persona muy prudente, cuidadosa de lo que escribe, con una muy alta concepción de la moralidad, el orden, defensora del *status quo*, adversario de los excesos en la vida personal y en la sociedad, procurando reflejar la que entiende como actitud del oficial militar



de carrera. Este último aspecto es bastante importante en la obra; se refiere el autor al oficial militar, quedando en el lector la idea que quienes mandan militarmente son los oficiales; sobre la tropa bajo el mando de la oficialidad, aparte de los numerosos ejemplos de acciones de guerra que presenta, dedica sólo un par de capítulos.

Llama sí la atención que no ofrece mayor información, el entonces primer comandante de los ejércitos de Venezuela, sobre su personal formación castrense. Sabemos por otras fuentes (Archivo General de la Nación, AGN: Revolución y Gran Colombia/ Próceres y Servidores/ Ilustres Próceres/ 1810 a 1824, Tomo XLIV, sin foliar [f. I del índice], redactado con una máquina de escribir moderna por los compiladores de esta colección de documentos manuscritos, *circa* 1923)<sup>1</sup> su condición de muy joven militar al servicio de la causa del Rey en estas tierras venezolanas hasta 1821. Pero en la documentación del AGN no encontramos datos sobre su origen y desempeño como militar español. Siendo éste uno de los aspectos interesantes de la obra que comentamos.

Luego del algo extenso preámbulo, sintetizado ya en párrafos precedentes, se llega, por fin, al primer capítulo: *“De la fuerza y salud necesaria para el estado militar”*; ya hemos señalado que por estado militar deben entenderse las condiciones militares esenciales del oficial de carrera. Escribe: “La profesión militar no es para los desarreglados, ni para aquellos que aman demasiado la comodidad. Es de todas las profesiones la que más exige aquella fuerza y vigor que hacen sufrir alegremente las incomodidades de la vida” (p. 15). Luego pasa a describir con ejemplos, todos de la historia y sus protagonistas, su argumento; donde por cierto, en una larga nota de página critica recurriendo al ejemplo de Napoleón Bonaparte a quienes procuran tomar para sí el derecho de gobernar apoyados en la fuerza militar que culmina en tiranía. Es de advertir que desde esta sección de la obra la redacción adquiere tonos paternos; se refiere constantemente a su hijo, el capítulo se inicia y culmina con expresiones como: “Es en vano, hijo mío” (p. 15) y “Compara ahora, hijo mío,” (p. 22).

Continuaremos, dejando de lado intencionalmente los escolares pero indispensables en los ensayos de tal tenor con impronta académica, resúmenes simples o presentaciones resumidas, o bien

---

<sup>1</sup> Sobre Jelambí hay en el caraqueño Archivo General de la Nación (AGN), una documentación que comprende 49 folios. Lamentablemente algo “manoseados” recientemente algunos de estos folios por gentes con escasa experiencia en tratar la documentación manuscrita de archivo, por lo menos tal fue nuestra experiencia en las dos últimas visitas, de las tres efectuadas al AGN para consultar esta documentación. Afortunadamente todos los folios son bien legibles, a pesar de las rasgaduras recientes en los bordes inferiores de algunos de los documentos. Al citarlos los referiremos como AGN / Ilustres Próceres, Tomo XLIV, señalando el o los folios en cuestión.



los resúmenes lógicos o analíticos. Procuramos, en un texto sencillo accesible a todo público, resaltar lo que estimamos es de interés capital en cada uno de los capítulos; es decir, una idea destacada, o varias de éstas, que procura desarrollar el autor en cada aparte temático de su obra, efectuando unos muy breves comentarios nuestro cuando consideremos que tal condición resulta necesaria.

El capítulo siguiente lo intitula “*Del valor y del espíritu*” (pp. 23-27). En éste como en buena parte de los subsiguientes, algo de esto está en el primero, se presenta inicialmente una idea básica, que luego se desarrolla con ejemplos de personajes y situaciones históricas, reafirmandose tal planteamiento, en las últimas líneas del aparte en cuestión. Concluye esta sección señalando: “el verdadero valor es el origen de todas las virtudes, como son la grandeza del alma, la humanidad, la generosidad, la firmeza, la intrepidez y el amor a la patria.” (p. 27). Sobre estos aspectos volverá a insistir en varios de los otros capítulos subsiguientes, así, el tercero, lo titula “*De la grandeza de alma*”, es uno bastante breve, se inicia en la página antes aludida y concluye con un ejemplo que quizás sea autobiográfico, o tomado de alguna experiencia personal durante la venezolana Revolución de las Reformas (1835-1836; ese frustrado esfuerzo de oficiales pretorianos por desplazar del poder constitucional al presidente Dr. José María Vargas) u otra de las acciones guerreras criollas de la época, aunque se esfuerza el autor en referir a un hecho de la historia romana. Dice así el párrafo en cuestión (p. 29):

“En la misma época, un jefe de los revolucionarios fue cogido con las armas en la mano, con muchos de su partido; el general vencedor le preguntó, ¿qué trato creía él y sus compañeros haber merecido? y [Sic] le respondió aquel jefe: el que merecen los hombres valientes que se estiman dignos de la libertad, el general acordó el perdón y los incorporó a su ejército.”

El capítulo IV lo expone como “*Del amor a la patria*”. De las palabras iniciales de este aparte (“El amor a la patria, hijo mío, es el sentimiento más noble y más generoso” ..., p. 29); de los ejemplos históricos subsiguientes que presenta nos interesa resaltar el párrafo final, con evidente tonos autobiográficos: “Un militar que sirve otra nación debe mirar como su patria, el país que defiende; le es obligatorio por el empeño que ha contraído, por los empleos y la protección que goza, y le debe la fidelidad, el celo, el desinterés y todas las virtudes que hubiera desplegado por su misma patria” (p. 31). Vinculado con lo anteriormente argumentado intitula el siguiente capítulo como: “*De la firmeza*”, donde establece una relación directa entre ésta con la grandeza del alma, señalando entre otras cosas que “la firmeza, es igualmente necesaria cuando las tropas se revolucionan, y se deben tener sangre fría, raciocinio e intrepidez en estas delicadas circunstancias” (p. 33). Dos comentarios; quizás se refiere a la Revolución de Las Reformas, ya aludida por nosotros anteriormente, o bien, a una actitud



levantisca por parte de las tropas ante el oficial que los comanda. Sea cual sea el caso, la firmeza ciertamente es necesaria.

El capítulo siguiente, es decir el VI, gusta en llamarlo "*De la intrepidez*" (pp. 34-42) argumenta que la firmeza puede llevar a la intrepidez, la cual busca diferenciar de la temeridad que carece de auténtico sentido militar. Se explaya en una serie de ejemplos históricos de militares en campaña, asomando en sus comentarios la experiencia del oficial que ha estado ciertamente en condiciones de combate. El siguiente capítulo lo subtitula: "*De la disciplina*" (pp. 43 a 52); se inicia con una frase inteligente y asertiva: "El que aspira al honor de mandar, debe haber aprendido a obedecer;" luego de los recurrentes ejemplos históricos en el discurso escrito a los cuales tiene ya acostumbrado el autor a sus lectores, presenta un par de ideas que tienen que ver con su visión personal y verdadera intención del texto: "El ánimo que degenera en una nación que lo ha demostrado otras veces, lo puede restaurar una buena legislación y una sabia política" (p. 47); "nada hay más fácil de introducir en las tropas y en los ejércitos, que la disciplina bien ordenada" (p. 48); ya concluyendo el aparte señala: "el oficial que se ocupa más de esta parte esencial del arte militar, es el que merecerá la preferencia sobre sus compañeros" (p. 52).

"*De la humanidad*" (pp. 52-58) es el título del siguiente capítulo, el octavo de la obra que comentamos. Al escribir humanidad, procura resaltar la necesidad de responsabilidad social y ciudadana que debe tener el oficial militar: "El grande hombre es siempre un buen ciudadano, hace de la humanidad el primero de sus deberes" (p. 53); por la argumentación que desarrolla pareciera que el autor era masón, donde la moralidad, la franqueza, el desinterés, la virtud, la compasión con el vencido, etc., expresiones todas de la humanidad como él las entiende, son valores que se expresan ajenos, o mejor dicho, no vinculados con las creencias cristianas; también exuda la argumentación tonos doctrinales liberales y antimonárquicos, condiciones presentes igualmente en los apartes anteriores al referir a los ciudadanos y equiparar la monarquía napoleónica con tiranía.

El capítulo siguiente lo rotula: "*De la modestia*" (pp. 59-66) donde argumenta, con los consabidos ejemplos históricos guerreros que: "Todos los hombres que poseen el verdadero talento y el ingenio, son modestos" (p. 62), agregando consejos como: "No disputes jamás con gentes caprichosas e ignorantes [...] los porfiados son una especie de hombres con quienes no es útil ni permitido el emplear razones y es una debilidad el disputar con ellos" (p. 66).

Los capítulos siguientes son breves, desde el X: "*De la prudencia*" (pp. 66-67) hasta el XXX: "*De exceso del vino o bebida*" (pp. 96-97). En el primero de los recién señalados argumenta a favor de una



planificación y ejecución racional de las acciones de guerra, asumiendo la preparación, también, ante las potenciales contingencias adversas. Luego en el capítulo siguiente, el XII (*"Del secreto en las empresas militares"*) desarrolla como idea principal: "El secreto no consiste solamente en callarlo, sí que también en disimular tus disposiciones interiores, pues sucede que mucha gente que guardando el silencio, dejan leer en su cara o en sus acciones todo lo que tienen secreto en su corazón" (p. 67). En el capítulo XII: *"De la precaución"*, consideramos prudente resaltar: "La guerra es una ciencia fundada sobre principios ciertos y demostrados y sobre reglas infalibles de seguridad y precaución; lo que hace posible al oficial el precaverse de lo que el enemigo puede emprender contra él, y debe estar preparado a todo acontecimiento" (p. 69).

*"De los guías, espías y tráfugas"* (pp. 70-72) versa el capítulo XIII, en síntesis, propone saber tratarlos para provecho del mando que se ejerce sin llegar a implementar acciones innecesariamente violentas o vejatorias; resaltando las acciones de inteligencia como necesarias en los eventos de guerra. Continúa en el segmento siguiente con lo que califica *"Del caso que se debe hacer con los consejos"*, donde propone un proceder intermedio entre "quien piensa en todo, no hace nada, y el que piensa en muy pocas cosas, se haya frecuentemente engañado" (p. 73). En el capítulo siguiente, el XV, *"De las ocasiones en que la audacia debe suplir a la prudencia"* sostiene: "En las empresas necesarias e indispensables, no se oculta ni se repara en nada que pueda interrumpir la resolución [...] si se quiere detenerse en todos los obstáculos que se presentan, no se hace ni se ejecuta nada." (p. 73).

Prosigue con sus consejos, en el capítulo XVI: *"De los medios de atraerse la confianza del soldado"* (pp. 74-75) resaltando la importancia que tienen para tal en un oficial, la sabiduría, la precaución, la afabilidad, la valentía y conocer las necesidades ciertas del soldado; insiste en ese tema en el siguiente capítulo, *"De la seguridad y de los medios de animar al soldado"*, donde luego de los consabidos ejemplos con base histórica señala: "Hay casos en que es necesario no dejar al soldado otro recurso que el de conseguir la victoria [...] y que si huye, está a la discreción del enemigo, en lugar que defendiendo su vida, puede no solamente salvarla, si no arrancársela al enemigo" (p. 77).

El capítulo XVIII versa sobre *"De la desconfianza"*; dónde aconseja: "Es sin duda una cosa triste el tener que exhortarte a la desconfianza [...] En este oficio, hijo mío, no tengas confianza en nadie [...] pero sería un vicio y un tormento el desconfiar de todo el mundo" (pp. 77-78); pareciera que se fundamenta en su experiencia personal y no ofrece ejemplos históricos sobre este asunto en este corto aparte. El siguiente lo denomina *"Del verdadero y falso honor"* (pp. 78-81), siendo uno de los aparte más extensos de los diez anteriores; procura diferenciar entre el honor auténtico del oficial de carrera y el falso honor expresión de la barbarie del pasado, pretencioso, tozudo, irresponsable y otra



serie de expresiones sinónimas, apoyándose no solo en sus reflexiones sino en varias situaciones anecdóticas tomadas de la historia guerrera. En el capítulo siguiente (*De la discreción e indiscreción*) refiere a los desaguizados ocasionados por chismes e indiscreciones y la necesidad de procurar ser discreto, el muy breve aparte, carece de ejemplos históricos y son fruto de las reflexiones del autor, concluye: “Un hombre que posee esta discreción, no puede ser orgulloso, ni vano; reprime los movimientos de su cólera, encadena la impetuosidad de su carácter impaciente e inquieto, no es burlesco ni murmurador y jamás se expone a las ridiculeces y a las desgracias que traen consigo estos defectos” (p.82).

“*De la murmuración*” es el capítulo siguiente, donde la señala: “Aléjate hijo mío, de todo indiscreto que venga a reproducirte conversaciones que se hayan tenido sobre tu conducta [...] hazle comprender que mirarás como una ofensa que quiere hacerte, si él persiste en lo mismo” (p. 85). En el capítulo XXIII comenta “*De la cólera*”, resaltando con los varios ejemplos tomados de la historia militar, como ésta es particularmente perjudicial para un oficial al mando de tropas. El capítulo siguiente es uno de los más breves de toda la obra, lo intitula “*De la mentira*” a la que califica como “el más bajo y el más deshonesto de todos los vicios” (p.87), enfatizando su argumento con un verso tomado de Cornelio<sup>2</sup> sobre el tema. El gusto por la poesía vuelve a estar presente en el aparte siguiente que versa “*Del orgullo y de la vanidad*”, aunque esta vez no señala de donde provienen las rimas; termina por destacar la importancia de “la modestia, [la cual] es indispensable al oficial; que sin ella sería sin cesar el blanco de las persecuciones y ultraje del orgullo” (p. 89).

En el capítulo XXVI argumenta “*De la falsa gloria*”, donde señala que ésta es “perjudicial, ridícula y algo común entre los militares” (p. 89) por lo que estima que debe ser evitada, con sus lujos y superficialidades, en todo joven oficial de carrera. “*De los combates particulares o desafíos*”, en las páginas 91 a 93, procura resaltar lo pernicioso e inconveniente de éstos. Continuando con advertencias “*Del peligro de las pasiones*” (pp.93-94), “*Del juego*” (pp. 94-95), y el capítulo dedicado a los excesos en el consumo de bebidas espirituosas, ya mencionada en páginas anteriores. Procurando la síntesis, todos los excesos son perniciosos para todo joven, más aun para quien abraza la carrera de las armas como una profesión. “*Del amor*” es el capítulo siguiente, el XXXI (pp. 97-102), las consejos de Jelambi sobre este tema, estimamos, se concretizan en las palabras siguiente:

---

<sup>2</sup> Lamentablemente no aclara a cuál Cornelio, de los varios que recuerda la historia, pertenece el verso en cuestión y nuestros cortos conocimientos sobre este tema no nos permite asomar una hipótesis plausible; en todo caso, se aprecia el asunto como uno no trascendente en el discurso del autor que comentamos, aunque necesario de mencionar por respeto a la crónica histórica.





“La misantropía nos aleja de las mujeres por que supone en ellas todos los defectos que tienen algunas: el libertinaje las hace buscar, porque las cree a todas igualmente débiles, mas un hombre prudente y delicado las respeta en general, escoge las más estimables, pasa momentos felices con ellas y no trata de disgustarse con la licencia de una sociedad que tiene el mayor interés de entretener todos los días” (p. 99).

Continúa con un capítulo que consta de sólo un párrafo y lo intitula “*De los conocimientos necesarios a un militar*”, se sobreentiende al oficial de carrera; menciona a la que califica de ciencia de la guerra, sentenciando de seguidas “La guerra es un azote, pero es inevitable, muchas veces necesario” (p. 103). Especie de preámbulo temático para dedicar las páginas que siguen al tema de la formación castrense; así, luego de tan breve aparte desarrolla uno que califica “*De la táctica*” (XXXIII: pp. 103-107), donde se expone en varias páginas que reflejan sus conocimientos militares, acordes con su formación castrense y experiencia de combate como oficial de carrera de aquellos tiempos. Sentencia: “La táctica es la ciencia de formar, de hacer mover y combatir las tropas en el más grande orden; es pues la base fundamental de la guerra de campaña, que parece estar sujeta a los mismos principios que la de sitio” (p. 104). Concluye resaltando que se ha limitado a meros planteamientos generales y que proseguirá su discurso escrito con proposiciones de cómo se debe aprender el arte de la guerra.

Efectivamente el siguiente aparte, XXXIV, páginas 107 a la 110 lo subtitula. “*Modo de aprender el arte de la guerra*”; reiterativamente interesante resulta al lector, no solo como a lo largo de todo el texto el autor, indistintamente, califica a la guerra de ciencia y arte, sino que se menciona a la carrera del oficial militar como una profesión, donde el estudio teórico y la práctica o ejercitación para las acciones de combate son bases indispensables de su oficio. Continúa con: “*De la utilidad de las ciencias exactas, de la geografía y dibujo en el arte de la guerra*” (pp. 111-115); donde expone las razones de la necesidad del estudio de la aritmética, geometría rectilínea y algo de la esférica, topografía y geografía para la formación de un oficial militar y efectúa comentarios prácticos sobre la artillería de campaña.

Prosigue con dos breves capítulos: “XXXVI / *De la utilidad de las lenguas o idiomas*” (p. 116), argumentando la necesidad de conocer principios de latín y poder leer el francés; el siguiente versa “*De la historia, de la política, de la memoria y del empleo del tiempo*” (pp. 116-117). Parecieran ser estos dos apartes, un preámbulo para el capítulo siguiente que desarrollará con algún cuidado y extensión, dice de interés, dejando de lado la bibliografía que recomienda debe leer el joven oficial: “la historia es la guía de la política y en este sentido no se trata de aprender fechas [...], refiriendo a una fuente que no identifica más allá de señalar] el autor del arte de educar a un joven para formar



un general dice que el conocimiento de la historia es no solamente la ciencia de lo pasado, sino también de lo venidero y que se aprende a conocer lo que se hará, por lo que ya se ha hecho” (p. 116).

El penúltimo capítulo del libro lo dedica Jelambi a lo que califica: “*De la política*”. (pp. 117-123). Su contenido es variado e interesante: “La política es el arte de gobernar un estado y dirigir los asuntos públicos [...] y un militar debe estudiarla como una ciencia que tiene inmediata relación en la guerra” (117). En este caso la palabra estado es sinónimo de sociedad delimitada territorial y jurídicamente. Continúa escribiendo: “La historia y la geografía son la base de la política; la geografía [...] es menester estudiarla políticamente y es la más larga e importante” (p. 117). Ante las dos últimas citas, la que finaliza el párrafo anterior y la de éste, un lector poco formado en el oficio ya no de militar sino de historiador puede lanzarse a especulaciones ciertamente arriesgadas.

No hay un antecedente teórico intencional a las explicaciones de la historia como estudio del pasado para la comprensión de un presente y un probable accionar en el futuro, como tampoco para un presente continuo que se explicaría por uno que fue y otro que será. Lo que ciertamente reflejan las frases arriba citadas es la muy común idea de la historia como maestra de la vida y de las sociedades, planteamiento de la antigüedad clásica reinterpretado por la Ilustración. Otro tanto se puede argumentar sobre la geografía y su relación con la política, para recurrir a un lenguaje coloquial: nada que ver con las propuestas geopolíticas del naciente siglo XX y Rudolf Kejellen (1864-1922).

La relación entre la política y la guerra había sido ya desarrollada por el oficial prusiano von Clausewitz (Carl Philipp Gottlieb, muerto en 1831) con obra publicada póstuma en su idioma nativo: *Von Kriege*, en la década de 1830, para ser más precisos 1832-1835; texto que no refiere Jelambi entre las obras que aconsejaba leer o que había consultado para escribir el libro que brevemente comentamos. Que tuviese conocimiento de su existencia es otra cosa, que tuviese una versión impresa de la obra es otra cosa, que hubiese tenido comentarios de viajeros europeos en Puerto Cabello sobre la obra del teórico militar prusiano es otra cosa.

Volviendo al capítulo XXVIII, la visión del autor, fundamentalmente preindustrial en lo que atañe a la realidad económica de ese entonces, se pone en evidencia cuando escribe: “la agricultura el origen de las riquezas y de los canales de comercio, la recepción de los impuestos, el reflujo del producto de éstos hacia el pueblo por medio del gasto de la administración y, en fin, todos estos canales de circulación constituyen el vigor y la salud del cuerpo político” (p. 119).



Algo de hermenéutica histórica sobre la cita textual arriba transcrita. La expresión pueblo es sinónimo de ciudadanía; aquellos quienes carecen de tal condición legal ciudadana no son pueblo. Éste eran los propietarios (en ese entonces se refería a la actividad artesanal como “artes” y las “industrias” eran sinónimo de actividad económicamente productiva en general) mayores, medianos o menores y todos quienes podían ejercer legalmente derechos políticos básicos. Resulta un anacronismo vincular la expresión pueblo con las mayorías desposeídas en ese entonces. Una cosa es politiquería, pretérita o actual, o la falta de seriedad analítica y algo bien distinto es un estudio serio que procura la objetividad. Donde sí acierta el autor, es en que la fortaleza de una sociedad depende fundamentalmente de la sana política económica desplegada por sus dirigentes.

No podemos dejar de pensar que estos comentarios están vinculados tangencial e inteligentemente por el autor, con la situación vivida por Venezuela y por él como consecuencia de la crisis cafetalera de 1842-43 y la recesión económica subsiguiente, con sus bien conocidos efectos socio-políticos. Presentando ideas que consideraba de interés para la formación de jóvenes oficiales militares que podrían vivir en situaciones parecidas. También, la necesidad que tenía el joven oficial en formarse adecuadamente para encarar situaciones de tal tenor.

El capítulo que comentamos es el que consideramos fundamental en la obra. Lo anterior es una preparación en el lector para encarar lo desarrollado en esas páginas. Quedan tres planteamientos de interés por resaltar. El primero está relacionado con lo señalado anteriormente y es un tanto ambiguo. El segundo refleja una potencial debilidad en quien escribe la obra. El tercero amerita de un breve comentario.

El primer aspecto de los señalados en el párrafo anterior es bastante directo y sencillo, un buen oficial militar en los “empleos superiores, está aún en la obligación de continuar instruyéndose [...] entonces es cuando las partes principales de la guerra y de la política ofrecen nuevas vistas” ... (p. 120) Las lecturas que podemos hacer a lo recién señalado son interesantes; la instrucción continua es una necesidad vital que acompaña al hombre en cualquier profesión; pero al tocar el tema político Jelambí, será que sugiere que ésta es una destinada para los oficiales de mayor graduación, o será una que se aprecia desde novedosas perspectivas por quién logra esos empleos castrenses superiores; sencillamente el autor no lo aclara. La segunda de las antes mencionadas ideas, sobre recomendaciones prácticas para superar las dificultades de memorizar información, nos lleva a pensar que el autor, bien podía tener esa limitación.



El tercero planteamiento no deja de sorprender al lector con algo de conocimientos sobre los estudios sistemáticos venezolanos en el ejército y la marina de guerra, como era llamada en ese entonces, para la formación de sus oficiales desde las décadas de 1830 y 1840: “Dos años de aplicación con maestros hábiles” (p. 122) serían los necesarios para formar un joven oficial inicialmente. Lo cierto era que los estudios en la Escuela-Academia Militar de Matemáticas, imbricados en la práctica con la Universidad de Caracas, duraban seis años; los de las Escuelas Náuticas, comprendían cuatro años. En ambas cursaban alumnos militares y civiles. De las primeras obtenían su grado agrimensores civiles y subtenientes, de las segundas pilotos, navegantes y guardiamarinas. En 1854, un año después de ser publicado el libro que comentamos en estas páginas, se modifica, vía un reglamento, la Academia Militar de Matemáticas y sus estudios. Al aprobar los dos primeros años se recibían el título de agrimensores públicos y al aprobar los cuatro siguientes los de ingenieros civiles o tenientes de ingenieros, según fuese la condición civil o militar del graduando.<sup>3</sup>

La aseveración de Jelambi que comentamos, quizás se explique al estar solo referida a los inicios básicos de la formación militar de un joven oficial que comienza sus estudios castrenses sistemáticos. Pero también, puede reflejar una condición de fricción, dentro de la realidad militar de ese entonces, entre los veteranos con formación castrense e innegable experiencia cierta de combate y los bisoños tenientes de ingenieros, desde 1854. Algo de lo recién referido encontramos en las palabras escritas por el Secretario de Guerra y Marina en su exposición ante el Congreso, en febrero de 1858 criticando el hecho del grado que reciben los egresados tenientes de ingenieros: “primero por las pocas vacantes que ocurren en su grado [entiéndase de teniente]; segundo porque el Gobierno no puede tener plena confianza en el joven sin haberlo experimentado en puestos inferiores y tercero por haber cierta injusticia y repugnancia en postergar a los subtenientes que sirven en el mismo cuerpo”...<sup>4</sup>

---

<sup>3</sup> Sobre la educación militar en la Venezuela del siglo XIX véase, por ejemplo, García Villasmil, Martín: *Escuela para la formación de oficiales del ejército*. Caracas, Oficina Técnica de Mindefensa, 1964; Lezek Zawiza: *La Academia Militar de Matemáticas de Caracas*. Caracas, Ministerio de la Defensa 1980 y Vargas, Francisco Alejandro: *Historia crítica y razonada de la Escuela Naval de Venezuela*, Caracas, Imprenta Naval, 1998.

<sup>4</sup> Documento N° 1.113, *Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el Siglo XIX (textos para su estudio)*. Caracas, Presidencia de la República, 1971, p. 535. Curiosamente el último documento de la incompleta colección. Quien firma la Exposición en cuestión, el primero de febrero de 1858, es el general Carlos L. Castelli. Una vez más, curiosamente, en ese año, luego del colapso del gobierno de José Tadeo Monagas resultado de la primera de las revoluciones decimonónicas exitosas criollas, en los inicios de la segunda mitad del siglo XIX, el cinco de julio de 1858 ante la Constituyente valenciana, tendremos otra *Exposición de Guerra y Marina*, firmada por Luis Delgado Correa, quien, por cierto, critica el desempeño de la Escuela Náutica de Maracaibo.



El último capítulo de la obra, presenta una singularidad formal comparándolo con los anteriores, pues luego del título: “*Organización de los ejércitos en campaña*” y un breve párrafo introductorio, procede a desarrollar lo que intitula: “*El ejército se compone de infantería, caballería y artillería*” y en los párrafos siguientes comenta sobre el tema en cuestión. Como mera referencia anecdótica señala “Cuando va a darse una batalla hay una gran ventaja en marchar el primero” (p. 125); para el ya entonces coronel Antonio Jelambi, no resultó ser así en la batalla de Santa Inés (diciembre de 1859), comandando la vanguardia es herido y muere a consecuencia de éstas, un par de días después.

### **¿Quién fue el coronel Antonio Jelambi?**

La interrogante es perfectamente válida aunque la respuesta que se ofrecerá en estas páginas será algo ambivalente. En internet (vía google y las palabras claves “biografías del coronel Antonio Jelambi”, según consulta efectuadas en octubre 25 de 2013) se reportan 196 resultados; pero como dice el dicho popular “no todo lo que brilla es oro”: la información que puede obtenerse por este medio es bastante disímil en calidad histórica. Escribimos arriba ambivalente, ya que se tiene noticia histórica rigurosamente documentada sobre su vida desde las primeras décadas del siglo pasado, pero continúan aspectos brumosos que no han sido todavía despejados.

La información fundamental sobre la vida del prócer, como cuidadosamente lo reporta don Vicente Dávila, en un artículo del diario caraqueño *El Universal*, del martes doce de junio de 1923, bajo el título “Investigaciones Históricas / Coronel Antonio Jelambi”<sup>5</sup> proviene, en buena parte, de la documentación vinculada con la solicitud de Montepío por parte de su hija soltera (Teresa de Jesús: A.G.N, Tomo XLIV, f. 48), luego de la muerte su padre. Es de destacar que la esposa de Jelambi, doña Dolores Cortés había ya fallecido, por lo que el prócer para el momento de su deceso era viudo.

Presenta también Dávila, en el artículo ya reseñado, transcripciones de la correspondencia intercambiada entre una de sus descendiente políticas, Carmen S de Jelambi, esposa de uno de los dos hijos varones del prócer, Francisco Antonio Jelambi. Grases y Pérez Vila, mencionan otro de sus hijos en el “Sumario” del Volumen 12, (p. XV) de los documentos reproducidos en la compilación documental impresa tantas veces glosada en estas páginas, el médico cirujano militar Dr. Ezequiel

---

<sup>5</sup> Incorporada la hoja del periódico, s/p, mencionado recién en la colección del AGN / Ilustres Próceres, Tomo XLIV, f.1.



Jelambi. Es doña Carmen quien dona papeles familiares sobre el coronel Jelambi al AGN, el 30 de diciembre de 1922 y don Vicente responde a esa correspondencia el once de enero de 1923.

En su obra *Diccionario Biográfico de Ilustres Próceres de la Independencia Suramericana* (Caracas, 2 Vols., Caracas, Imprenta Bolívar 1924 y Tipografía Americana 1926) Dávila presenta en el primero de los antes aludidos (pp. 262-264) una reseña biográfica totalmente concordante con lo señalado en su artículo de prensa ya mencionado. Iniciando el comentario introductorio señala que, como ya hemos indicado, Jelambi era español y llegó probablemente a Venezuela en 1815. Es decir no se presenta información sobre su fecha y lugar de nacimiento. Otro tanto se puede decir de su arribo cierto a territorio venezolano. La fecha indicada por don Vicente es una mera aproximación; pero no presenta evidencia documental sobre el caso ya que no la tiene.

Prosigue reseñando Dávila, en la compilación biográfica *Ilustres Próceres...* “El 1° de Octubre de 1821 entró al servicio de la República como Subteniente realista que era” (p. 262); aunque no señala el biógrafo que Jelambi había sido Sargento 1° desde el doce de julio de 1821 (AGN / Ilustres Próceres, Tomo XLIV, f. 18). Es decir, parece ser que su jerarquía en el ejército español era quizás para esa fecha de Sargento 1°, siendo admitido como Subteniente en el ejército de Colombia por disposición del general de división Carlos Soubllette, el primero de octubre de ese año.

El documento firmado por Soubllette (AGN / Ilustres Próceres, Tomo XLIV, f. 4), dice textualmente: “atendiendo a los meritos [Sic] del Cno [ciudadano] Antonio Jelambi Subteneinte al servicio de S.M.C [Su Majestad Católica] he venido en admitirle al de la Republica [Sic] en la misma clase”. En el escrito en cuestión se destaca en el encabezado el cargo ejercido por Soubllette en ese entonces: “Vicepresidente del Departamento de Venezuela”. Volveremos sobre el tema de la jerarquía militar inicial del prócer más adelante, prudente se aprecia, por ahora, continuar con los datos de su carrera militar.

Según señala Dávila y lo confirma la documentación analizada en el AGN, por despacho firmado por El Libertador, en 1827 fue ascendido Jelambi a primer teniente con antigüedad del año anterior. Agregamos nosotros, Bolívar lo asciende a tal condición en el proceso de reorganización que efectúa éste en el Batallón Anzoátegui, luego del fracaso del movimiento secesionista venezolano conocido en nuestra historiografía como “La Cosiata” (1826-1827), siendo teniente de una compañía de granaderos en ese batallón.

El año de 1829, por disposición del Gobierno de Bogotá asciende a capitán en la misma compañía y batallón; condición militar que fue reafirmada por la constituyente venezolana en la



ciudad de Valencia, en marzo de 1830, luego de consumada la división de la original Colombia (AGN / Ilustres Próceres, Tomo XLIV, f. 8). Puede apreciarse así, un caso evidente de continuidad en el servicio, tal como fue el caso de todo este batallón, llamado en ese entonces Valeroso Anzoátegui y que por fines de brevedad mencionamos como Anzoátegui.

Con el grado de capitán en el Batallón Anzoátegui debe enfrentar la asonada pretoriana contra el gobierno constitucional del Dr. José María Vargas; se opuso a tal acción conspirativa y luego combatió a los reformistas con éxito. Señala Dávila que en 1838, “aún en servicio, obtuvo licencia temporal con goce de sueldo y se dedicó al ejercicio de una industria, pero los sucesos del 46 [1846 y la fracasada insurrección acaudillada por Ezequiel Zamora y el “indio Rangel contra el gobierno constitucional presidido por el general de división Carlos Soublette] le llevaron de nuevo a las armas y el 47 [1847], en premio a sus servicios, recibió una pensión” (p. 262).

En la ya referida fuente del AGN (Ilustres Próceres, tomo XLIV, f. 18) se menciona su ascenso a segundo comandante, un 19 de mayo de 1846..., pero el documento presenta un siete sobrepuesto al número seis en el año en cuestión, por lo que pareciera que el ascenso fue en 1847. Fuese éste un *lapsus cálami* o una enmienda en busca de exactitud o lo que fuere, lo definitivo es que entre 1846 o 1847 logra el ascenso indicado. Don Vicente resolvió el asunto mencionado así: “El Gobierno de Monagas le ascendió a 2do Comandante y pasó a la Plana Mayor de Valencia, y luego el 52 [1852] le hizo 1er Comandante y el 54 [1854] Coronel efectivo” (p. 263). Obtuvo pensión de invalido “a causa de un accidente en la campaña de 1846 [...] con aumento de sueldo en 54” (p. 263). La Cédula de Invalido tiene fecha (AGN / Ilustres Próceres, tomo XLIV, f. 26) de 15 de mayo de 1853.

Insistimos que en la documentación consultada se carece de información sobre la participación en acciones de guerra a favor de España que tuvo Jelambi, pero sí sobre sus acciones como oficial al servicio de la república, primero de la Colombia grande de Bolívar y luego de Venezuela. Entre las mencionadas por Dávila tenemos las siguientes: participa en la el sitio de Puerto Cabello en 1823; en 1827 enfrenta grupos armados facciosos en el oriente venezolano. Combate contra bandoleros, pretendidamente realistas, en 1829 y 1830. Ya mencionamos, su accionar en 1835-1836 y contra a las huestes zamorianas en 1846.

Está bajo las órdenes del general Justo Briceño contra las facciones paecistas en el Zulia en 1848. En 1849 está en el Estado Mayor del general José Laurencio Silva enfrentando a Páez, quien pretendía por la fuerza de las armas derrocar al presidente constitucional general José Tadeo



Monagas. El mismo año en que publica su libro *“Guía para todo joven militar”* participa en la derrota de la insurrección contra el presidente constitucional general José Gregorio Monagas.

La constante en las acciones de guerra, fue el apoyo irrestricto al gobierno establecido, primero la república, desde 1821; luego Colombia hasta 1830, más luego a los gobiernos constitucionales venezolanos. Así, combate a favor de Páez o Soublette o los Monagas. Escribe Dávila: “El 59 [1859], Jefe de una Brigada, salió con el General Silva y peleó contra los Federales [... sirve] con el General José Escolástico Andrade [en] la retirada de San Carlos; y Jefe de una División con el General Pedro Ramos” (p. 263). Bajo el mando de éste, muere a consecuencia de heridas sufridas el diez de diciembre de 1859 en la célebre batalla de Santa Inés; expira su último aliento en Barinas, el doce de diciembre de ese año (AGN, Ilustres Próceres, Tomo XLIV, f. 44).

## **Reflexiones Finales**

En la preparación de nuestra tesis doctoral, hace ya varias décadas, leímos por primera vez el libro de Antonio Jelambi que comentamos en estas páginas. La versión consultada fue la misma que hemos glosado. Nos atrajo en esa lectura inicial, la circunstancia que el texto evidenciaba la existencia de oficiales de carrera que entendían pertenecer a la profesión militar. No eran guerreros improvisados ni mercenarios ni gentil hombres armados. Se entendían a sí mismos como oficiales militares de profesión. Ciertamente lo eran, tanto como los médicos, abogados y preceptores de ese entonces.

En esa ocasión confiamos para la información biográfica sobre el prócer en la que presenta la obra ya aludida de Vicente Dávila. Evitamos intencionalmente en este aspecto en particular de nuestra pesquisa doctoral consultar documentación de archivo; esto ya que entendíamos que Dávila la había ya realizado. Ello nos llevó a pensar que efectivamente Jelambí, muy probablemente había pertenecido a las tropas expedicionarias hispanas que llegan a estas tierras bajo el mando del “Pacificador”, futuro Marques de la Puerta y Conde de Cartagena don Pablo Morillo en 1815. Tal parece que no es el caso, o mejor dicho, esa afirmación carece de apoyo documental en los archivos del A.G.N.

Lo que sí está cabalmente documentado es su condición militar al servicio de la causa del Rey en estas tierras hasta 1821. Surge sí la duda sobre su grado militar en los ejércitos monárquicos. La referencia a su jerarquía de Sargento 1° está bien reportada en los documentos del AGN (Ilustres Próceres, Tomo XLIV, ff. 18 y 29), donde se indica que tenía tal condición desde el doce de julio de 1821 y la mantuvo por dos meses y diecinueve días, hasta el primero de octubre de ese año. En el





documento firmado por Soublette, arriba citado, se le menciona como “Cno”, es decir, ciudadano y señala que en virtud de sus méritos se le incorpora con el grado de Subteniente que tenía en el ejército realista.

Otro aspecto de interés es la ausencia de datos sobre su lugar y fecha de nacimiento. Sobre lo primero solo se indica que era español, sobre lo segundo surgen algunas discrepancias vinculadas con su edad. En su libro de 1853 Jelambi escribe que abrazó la carrera de las armas desde muy joven. En la documentación del AGN hay dos referencias a su edad, una es de 37 años en el documento con enmiendas que hemos ya mencionado varias veces (AGN/ Ilustres Próceres, Tomo XLIV, f.18), donde no queda claro cuál era la fecha original del escrito, en todo caso es de finales de la década de 1830 o mediados de la década de 1840. En otro documento (AGN / Ilustres Próceres, Tomo XLIV, f. 29) concordante en los datos sobre su desempeño profesional militar desde julio de 1821 si lo comparamos con el ya mencionado en este párrafo, señala que tenía 56 años para 1859; admitiendo tal fecha, Jelambi tendría unos 18 años para 1821 y habría nacido en 1803.

Los detalles de la crónica en numerosas ocasiones son particularmente brumosos para el estudioso, en algunas situaciones esa bruma es tan densa que entorpece la labor histórica analítica; afortunadamente tal no es el caso sobre el prócer que nos ocupa en estas páginas. Lo históricamente significativo es que formalmente desde octubre de 1821 Antonio Jelambi se incorpora a la historia venezolana y deja descendencia en esta Tierra de Gracia. Lo trascendente fue su evidenciada condición de oficial profesional militar de carrera, como ya lo habíamos referido con anterioridad en varios textos.<sup>6</sup>

Un dato anecdótico es el que las referencias a Jelambi encabezan no solo el tomo XLIV en la Colección Documental del AGN sobre “Ilustres Próceres”, sino también el volumen 12 de la compilación documental impresa *Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el Siglo XIX...* Obra ésta, ya referida varias veces en páginas anteriores y de la cual nos hemos servido para escribir estas cuartillas. Según los editores (Pedro Grases y Manuel Pérez Vila): “Mención especial merece el ensayo

---

<sup>6</sup> Irwin G., Domingo “Reflexiones sobre el caudillismo y el pretorianismo en Venezuela” *Tiempo y Espacio.* N° 4. Centro de Investigaciones Históricas Mario Briceño Iragorry, Instituto Universitario Pedagógico de Caracas, 1985, pp.71-86. Irwin G., Domingo: *Relaciones Civiles-Militares en Venezuela, 1830-1910 (Una visión general)*. Caracas, autor-Litobrit, 1996. Irwin, Domingo e Ingrid Micett: *Caudillos, Militares y Poder / Una historia del pretorianismo en Venezuela*. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello-Universidad Pedagógica Experimental Libertador (UCAB-UPEL), 2008.



del Coronel Antonio Jelambi [...] En él, bajo la forma de amenas lecciones, se ofrece un curso de introducción a lo que Alfred de Vigny llamó ‘Sevitude et Grandeur Militaires’ ” (p. XIII).<sup>7</sup>

Hace ya varios años el colega Edgardo Mondolfi Gudat redactó como ensayo de fin de curso en un seminario de historia que dicté en la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB), un muy breve estudio sobre Jelambi y el libro “Guía para todo joven militar” ... Lamentablemente no guardé copia de éste, se lo devolví con mis modestas escolares observaciones y no me ha enviado, por ahora, la versión original o mejorada de ese texto. Razón por la cual no he podido referirlo más allá de recordar tal situación.

Resulta sí interesante que en una de sus obras Mondolfi estudia el caso de los genéricamente llamados en nuestra historiografía: “legionarios británicos”; esos hombres quienes llegaron a tierras venezolanas para contribuir con el esfuerzo bélico republicano;<sup>8</sup> presenta un descarnado análisis sobre éstos y sus acciones en suelo patrio. Unos volvieron a su lar nativo, otros permanecen en territorio venezolano dejando descendientes. Agregamos en estas cuartillas que no se tienen datos precisos sobre el origen de algunos de éstos, particularmente si arribaron a Tierra Firme suramericana sin ser integrantes de los contratados por los agentes criollos de la causa republicana en la Gran Bretaña de aquellos tiempos, pero ese es otro asunto. Lo que sí resulta definitivo documentalmente, volviendo al libro de Mondolfi antes aludido, es que reporta el hecho cierto que entre los legionarios europeos llegaron algunos militares con seria formación castrense de carrera.<sup>9</sup>

La condición del sargento 1° y luego primer Subteniente de Antonio Jelambi, guarda cierta similitud con lo arriba mencionado. Sabemos con evidencia documental seria que respalda esos datos que tenía formación militar; sabemos que inicialmente favorecía la causa del Rey en tierras venezolanas y luego abraza la causa republicana, que sirvió como militar de carrera en el ejército colombiano inicialmente y luego acata disciplinadamente las decisiones políticas de los secesionistas venezolanos desde 1830, sirviendo en el mismo Batallón Anzoátegui y con el grado de capitán en una compañía de granaderos; sabemos de su carrera militar en Venezuela hasta diciembre de 1859; pero, insistimos, hasta allí abarca la evidencia documental presente en el caraqueño Archivo General de la Nación sobre el coronel Antonio Jelambi.

---

<sup>7</sup> Alfred d' Vigny (1797-1863) fue un escritor francés que abraza la carrera de las armas en sus años mozos, abandonándola por la poesía y literatura. Escribió en 1833 la obra que refieren los editores: *Servidumbre y Grandeza Militar*.

<sup>8</sup> Mondolfi Gudat, Edgardo: *El Lado Oscuro de la Epopeya. Los legionarios británicos en Venezuela*. Caracas, Editorial Alfa, 2011.

<sup>9</sup> Véase: *Ibidem*, especialmente las pp. 39-42, 76-81, 166-169 y 251-253.



Otro apreciado y distinguido colega, tanto como Mondolfi Gudat, Fernando Falcón Veloz, destacado estudioso de la historia militar venezolana y también con obra escrita de valía,<sup>10</sup> en un par de ocasiones, desde el 2010, me ha comentado el valor sociológico del libro de Jelambi. Constituye, según Falcón, una “aproximación primigenia a una visión sociológica de la profesión militar en la historiografía venezolana”.<sup>11</sup> Hipótesis de trabajo ciertamente sugestiva, inteligente y novedosa.

Lamentablemente la hipótesis arriba referida es una que escapa a los limitados conocimientos de quien teclea estas páginas, máxime cuando Jelambi parece carecer de esa sociológica intención en el libro que escribió. Refleja sí, como entendía el mundo militar de su época y ofrece pinceladas muy generales, en el penúltimo capítulo que hemos comentado arriba, sobre la sociedad en la cual él se desenvolvía; su prosa evidencia las condiciones un tanto idealizadas, severas pero paternales, de la exigente carrera de las armas para un joven oficial militar en esos tiempos.

Como párrafos de cierre, es de advertir que estas modestas cuartillas sobre el coronel Antonio Jelambi no pretenden ser un texto biográfico sobre el prócer ni un análisis exhaustivo sobre su libro de 1853. No tuvimos el aliento ni los recursos para hacerlo; habría que indagar en la literatura y los archivos hispanos sobre el personaje en cuestión para avanzar en esa dirección de pesquisa. Ojalá y algún estudiante o colega que lea estas páginas pueda hacerlo.

Queremos con estas páginas solamente reafirmar, con algo de base documental de primera mano, lo que hemos escrito sobre el prócer y su obra desde 1985: “Util [Sic] resulta la lectura del texto publicado por Jelambi: ‘Guía Para Todo Joven Militar’... (1853) dónde se aprecian con claridad ciertas características de la tendencia profesional militar en la Venezuela de la primera mitad del siglo XIX.”<sup>12</sup> Así, repitiéndonos otra vez, una evidencia testimonial seria y estimamos que concluyente, de que no todos los oficiales venezolanos decimonónicos fueron caudillos o pretorianos.<sup>13</sup>

---

<sup>10</sup> Para mencionar solo uno de sus aportes escritos, originalmente su tesis doctoral publicada: *El Cadete de los Valles de Aragua*. Caracas, Universidad Central de Venezuela (UCV), 2006.

<sup>11</sup> Fernando Falcón Veloz, conversación personal con el autor de estas líneas, durante la defensa de la tesis doctoral de Vladimir Petitt, dirigida por Agustín Blanco Muñoz, el 22 de octubre de 2013; en una dependencia del doctorado en Ciencias Sociales de FACES, UCV, hora aproximada 11:30 h.

<sup>12</sup> Irwin, G. Domingo: “Reflexiones sobre el caudillismo y el pretorianismo”..., *Op.cit.*, p. 84.

<sup>13</sup> Sobre este aspecto es necesario resaltar el avance de investigación, empleando algunos procedimientos analíticos cuantitativos, de Ingrid Micett, donde se ofrece evidencia que avala la idea antes expuesta. Véase: “Participación política y militar de los hombres que intervinieron en la guerra de independencia venezolana”. *Anuario De Estudios Bolivarianos*. Año VII, N° 7-8, Caracas, Instituto de Investigaciones Históricas Bolívarium, Universidad Simón Bolívar (USB), 1998-1999, pp. 51-88.



Por lo señalado recién coincidimos, parcialmente, con la idea expuesta por Robert L. Gilmore,<sup>14</sup> sobre la existencia de oficiales militares “cuasi profesionales” durante y después de las guerras iniciales del siglo XIX venezolano. Preferimos nosotros, la expresión, oficiales de orientación profesional o tendencia de orientación profesional militar, en esa Venezuela que inicia su devenir como República libre de tutelajes políticos directos foráneos, fuesen hispanos o bogotanos, desde 1830.

## Fuentes referidas

Primarias documentales, manuscritas e impresas:

Archivo General de la Nación (AGN), Caracas: Revolución y Gran Colombia / Próceres y Servidores / Ilustres Próceres / 1810 a 1824. Tomo XLIV, ff. 1-49.

*Exposición que dirige a la Convención de Venezuela el Secretario de Guerra y Marina.* Valencia (Venezuela), Imprenta al vapor de M.M Zarsamendi, (firma el cinco de julio de 1858 Luis Delgado Correa).

Grases Pedro y Manuel Pérez Vila (Editores): *Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el Siglo XIX (textos para su estudio)*. Vol. 12, Caracas, Presidencia de la República, 1971.

## Secundarias impresas, libros y artículos

Dávila, Vicente: *Diccionario Biográfico de Ilustres Próceres de la Independencia Suramericana* 2 Vols., Caracas, Imprenta Bolívar 1924 y Tipografía Americana 1926.

Falcón Veloz, Fernando: *El Cadete de los Valles de Aragua*. Caracas, Universidad Central de Venezuela (UCV), 2006.

García Villasmil, Martín: *Escuela para la formación de oficiales del ejército*. Caracas, Oficina Técnica de Mindefensa, 1964.

Gilmore, Robert L: *Caudillism and Militarism in Venezuela, 1810-1910*. Athens, Ohio, EE. UU, Ohio University Press, 1964

Irwin G Domingo “Reflexiones sobre el caudillismo y el pretorianismo en Venezuela” *Tiempo y Espacio*. N° 4. Caracas, Centro de Investigaciones Históricas Mario Briceño Iragorry, Instituto Universitario Pedagógico de Caracas, 1985, pp.71-86.

---

<sup>14</sup> *Caudillism and Militarism in Venezuela, 1810-1910*. Athens, Ohio, EE. UU, Ohio University Press, 1964. Sobre los comentarios críticos de Domingo Irwin vinculados con la propuesta de Gilmore, véase, por ejemplo: *Caudillos, Militares y Poder...*, procurando la síntesis, principalmente, pp. 17-19 y 198-199.



Irwin G., Domingo: *Relaciones Civiles-Militares en Venezuela, 1830-1910 (Una visión general)*. Caracas, autor-Litobrit, 1996.

Irwin, Domingo e Ingrid Micett: *Caudillos, Militares y Poder / Una historia del pretorianismo en Venezuela*. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello- Universidad Pedagógica Experimental Libertador (Ucab-Upel), 2008.

Lezek Zawiza: *La Academia Militar de Matemáticas de Caracas*, Caracas, Ministerio de la Defensa 1980.

Micett, Ingrid: "Participación política y militar de los hombres que intervinieron en la guerra de independencia venezolana". *Anuario De Estudios Bolivarianos*. Año VII, N° 7-8, Caracas, Instituto de Investigaciones Históricas Bolívarium, Universidad Simón Bolívar (USB), 1998-1999, pp. 51-88.

Mondolfi Gudat, Edgardo: *El Lado Oscuro de la Epopeya. Los legionarios británicos en Venezuela*. Caracas, Editorial Alfa, 2011.

Vargas Francisco Alejandro: *Historia crítica y razonada de la Escuela Naval de Venezuela*, Caracas, Imprenta Naval, 1998.

## **Testimoniales orales**

Fernando Falcón Veloz, conversación personal, Caracas, UCV-Facultad de Ciencias Económicas y Sociales (FACES), 22 de octubre de 2013, hora aproximada 11:30 h.

